



HABLA ALLENDE

EN el centro de la capital chilena, a sólo doscientos metros de la zona comercial y en medio de edificios modernos que albergan el aparato administrativo estatal, se levanta, con ciertos rasgos anacrónicos, el palacete sede del Gobierno. De estilo español, fue, sin embargo, construido por un italiano, el arquitecto Toesca, que lo diseñó con la finalidad de instalar en él la entidad emisora y acuñadora de la moneda nacional. De ahí su nombre: Palacio de la Moneda.

En él ha trabajado, durante más de un lustro, Eduardo Frei Montalva, el primer Presidente democristiano —y el único—, en virtud de su mandato de seis años, que expira fatalmente el 3 de noviembre próximo, al ser su partido derrotado en los recientes comicios del 4 de septiembre.

El despacho deberá ser ocupado ahora por el primer Jefe de Estado socialista en la historia del país: Salvador Allende Gossens, que, como su antecesor, salta del Senado al más alto cargo político de la nación.

Victorioso en las elecciones, con 1.075.616 votos, es decir, con una ventaja de 39.338 votos sobre su más cercano contendiente, el conservador Jorge Alessandri, el triunfo del líder de la izquierda

chilena deberá ser ratificado por el Parlamento el 4 de octubre próximo. Pero, al margen de esta formalidad legal, Salvador Allende —médico-cirujano y político, que, junto a otros líderes, fundara el partido socialista de Chile en 1933— es ya Presidente electo. Así se da la paradoja de que, en cierto modo, existen simultáneamente dos Presidentes, paradoja que, lejos de configurar una vía extralegal, es consecuencia de un proceso electoral estrictamente conforme con la Constitución y con las leyes. El primero en reconocer a Allende su carácter de mandatario fue Radomiro Tomic, el derrotado aspirante a la democracia cristiana. Al rendir visita al vencedor en la mañana del 5 de septiembre, Tomic expresó con absoluta claridad el sentido de su gesto: «He venido a cumplir un doble deber, el cívico y el de la amistad: reconocer la voluntad del pueblo chileno, expresada ayer en las urnas en términos tan claros y democráticos. A eso he venido, a saludar al Presidente electo de Chile y a mi grande y antiguo amigo Salvador Allende».

Con un programa en muchos puntos similar al de Allende, el candidato democristiano obtuvo más de 800.000 votos, que, unidos a los logrados por el vencedor,

expresan una abrumadora mayoría en favor de los cambios estructurales entre los casi tres millones de ciudadanos que hicieron uso de su derecho de sufragio.

En el Parlamento, los partidos que apoyan al doctor Allende suman 80 votos, mientras que la democracia cristiana controla setenta y cinco. Estas cifras, como sostienen algunos observadores, pueden permitir sortear incluso una eventual división democristiana, en el caso de que un sector de ésta decidiera apoyar a Jorge Alessandri, que cuenta con una escuálida base de 45 votos entre los doscientos miembros de ambas Cámaras.

No es de extrañar que el pueblo haya bautizado a la residencia privada de Salvador Allende con el nombre de «La Moneda chica». Emplazada en el barrio residencial de Providencia, en la calle Guardia Vieja, se observa desde el 4 de septiembre un constante ir y venir de personas que acuden en masa. Unos son personas que desean felicitar al dueño de la casa; otros, dirigentes de las agrupaciones políticas que planifican ya el nuevo Gobierno. La vida familiar se ha replegado al piso alto, mientras que las salas de estar y comedor se habilitan como oficinas, donde un cuerpo de se-

cretarias trata de establecer un orden entre la multitud que desea llegar hasta la pequeña biblioteca-despacho en que el líder victorioso recibe a las delegaciones.

Gracias a la deferencia del doctor Allende para con la prensa, el periodista participa de su triunfo. Ninguna entrevista ha sido rechazada, y los informadores que han llegado hasta el líder han tenido ocasión de comprobar el impropio trabajo a que está sometido. En la pequeña estancia, la vista se fija inmediatamente en las fotografías de Fidel Castro y Mao Tse-Tung, con dedicatoria personal. Junto a ellas, cuadros originales del mexicano Siqueiros y del cubano Porcarrero. En medio del mare magnum ajetreante, dos enormes perros, legítimos pastores alemanes, se pasean por las habitaciones, ajenos por completo a la política y a sus contingencias.

El nuevo Presidente, con una estatura de 1,70 metros, da la impresión de hombre atlético: es el resultado de sus diarias sesiones de gimnasia. De ceño entre adusto y afable, Allende refleja la cualidad que amigos y enemigos le reconocen: su tenacidad. Cuatro veces candidato a la Presidencia en estos últimos tiempos, deshace el adagio demostrando que no es

"TENEMOS QUE ESTAR CONSCIENTES DE QUE NUESTROS ENEMIGOS VAN A UTILIZAR TODOS LOS RESORTES Y TODOS LOS RECURSOS PARA ARREBATAR AL PUEBLO SU LEGÍTIMO DERECHO A SER GOBERNADO".

la tercera, sino la cuarta la vendida.

Nuestra primera pregunta es: —Usted ha expresado que mantendrá relaciones comerciales y diplomáticas con todos los países del mundo, atendida sólo la conveniencia de Chile. En lo que a Europa se refiere, ¿proyecta su Gobierno un incremento del intercambio comercial y de otra índole con la República Federal de Alemania? Y en relación con los países socialistas, ¿se establecerán similares relaciones con la República Democrática Alemana? La respuesta es inmediata:

—Tanto el programa de la Unidad Popular como las expresiones que reiteradamente he emitido, sostienen la conveniencia de que nuestro país amplie sus relaciones diplomáticas, comerciales y culturales con todos los países del mundo, sin excepción alguna, cualesquiera que sean los regímenes imperantes en ellos, sin otra condición que el resguardo del interés de Chile, en un trato de justa reciprocidad. En el caso concreto de la República Federal Alemana, es obvio que, ante un país de su significación internacional y de su importancia económica, el estrechamiento de nuestros lazos comerciales habrá de ser de mutua utilidad. Hemos sostenido igualmente que se establecerán relaciones diplomáticas con todos los países del mundo, y específicamente con la República Democrática Alemana. Creemos que con ellos estamos haciendo uso legítimo de nuestra soberanía nacional. Las nuevas condiciones imperantes en el campo mundial hacen que esta ampliación de relaciones diplomáticas sean aún más convenientes y favorables.

Nuestra siguiente pregunta va destinada a aclarar la situación creada por la declaración de las fuerzas que apoyan a Jorge Alessandri en el sentido de que «el proceso electoral no ha finalizado».

—¿Cómo aprecia usted su designación por el Congreso Nacional y, en ese contexto, la actitud de las fuerzas armadas?

—En la misma noche del triunfo —señala el doctor Allende— dije que el hecho de que expresáramos nuestra alegría no significa que vayamos a descuidar la vigilancia. Mantendremos nuestros comités de Unidad Popular en actitud vigilante, en actitud responsable. Tenemos que estar conscientes de que nuestros enemigos van a utilizar todos los resortes y todos los recursos para

arrebatarnos al pueblo su legítimo derecho a ser gobernado. En cuanto a las fuerzas armadas, he expresado públicamente mi convicción de que ningún rumor tendencioso ni maquinación artera podrá separar al Ejército del cumplimiento de la ley, del afianzamiento de la ley y del efectivo progreso de la nación. Contamos en Chile con fuerzas armadas estrictamente profesionales. Conozco a nuestras fuerzas armadas y sé de su integridad y lealtad. Sé que ellas constituyen el pueblo con uniforme y que conocen también mi fe inquebrantable en los destinos de Chile. Tengo plena certeza de que responderán con su tradicional disciplina y respeto al imperativo de la historia, expresado en las urnas.

El doctor Allende subraya estos conceptos al recordar que en la noche de las elecciones expresó también su opinión favorable respecto de la corrección de las fuerzas armadas que tuvieron a su cargo la vigilancia durante el proceso electoral en todo el país.

Volvemos al campo internacional. A juicio de muchos, en Chile se ha abierto por primera vez el camino del socialismo a través de elecciones al estilo tradicional. La izquierda chilena, con base en los partidos comunistas y socialistas, pero incrementada ahora por grupos centristas —como el partido radical y otras agrupaciones menores—, materializó la coalición de la Unidad Popular. El programa de gobierno enarbolado como bandera electoral es claro: «Las fuerzas populares unidas buscan como objetivo primordial reemplazar la actual estructura económica, terminando con el poder del capital monopolista, nacional y extranjero, y del latifundio, para iniciar la construcción del socialismo». ¿Es lo que otros buscan en América Latina por el camino de las armas? ¿Qué repercusión internacional atribuye el doctor Allende a su victoria?

—Desde otros países se observa con profunda satisfacción la victoria nuestra. Chile abre un camino que otros pueblos de América y del mundo podrán seguir: la fuerza vital de la unidad romperá los diques de la dictadura y abrirá los cauces para que los pueblos puedan ser libres y construir su propio destino. Pero es muy cierto que nosotros vamos a hacer algo nuestro, auténticamente nuestro, de acuerdo a la realidad chilena, de acuerdo a nuestra historia, nuestra tradición y nuestra idiosincrasia. Somos lo suficientemente respon-

sables para comprender que cada país y cada nación tienen sus propios problemas, su propia historia y su propia realidad. Y frente a esa realidad, serán los dirigentes políticos de esos pueblos los encargados de adecuar la táctica a seguir. Nosotros sólo pedimos que se respete, y tendrá que respetarse, el derecho del pueblo de Chile a darse el Gobierno que desee: en este caso, el de la Unidad Popular. Somos y seremos respetuosos con la autodeterminación y la no intervención, lo cual no significa silenciar nuestra adhesión solidaria con los pueblos que luchan por su independencia económica y por la dignificación de la vida del hombre en todos los continentes.

En América Latina la pregunta inevitable para un Jefe de Estado se referirá a las relaciones con los Estados Unidos. En Chile, con una inversión directa de aproximadamente mil millones de dólares, los consorcios estadounidenses controlan la explotación del cobre, el hierro y el nitrato de sodio (salitre), en opinión de las fuerzas que sostienen al doctor Allende. En el programa de la Unidad Popular se lee: «De Chile, el imperialismo ha arrancado cuantiosos recursos equivalentes al doble del capital instalado en nuestro país, formado a lo largo de toda su historia». En este caso, la pregunta concreta es:

—¿Cree usted que la nacionalización de empresas norteamericanas que operan en Chile, que en su programa se establece, influirá en las relaciones del Gobierno con el de los Estados Unidos?

Como en los otros casos, la respuesta es clara:

—Nuestros deseos de mantener las relaciones con todos los países del mundo son, ciertamente, valederos para con los Estados Unidos. Nuestra decisión de nacionalizar las grandes empresas no implica ningún ánimo de discriminación, sino la necesidad de consolidar el dominio de Chile sobre ellas, como una forma indispensable de afianzar nuestra independencia económica y fundamental en nuestros planes de desarrollo. Este es un derecho que asiste a toda la nación, que está reconocido por los principios de las Naciones Unidas. El ejercicio de tal derecho por parte de Chile no puede, por tanto, derivar hacia un empeoramiento de nuestras relaciones de Gobierno a Gobierno con los Estados Unidos.

Surgido el tema de las nacionalizaciones, el periodista aprovecha

la coyuntura para lanzar su última pregunta:

—¿Cuál será el método que se haya de aplicar para llevar a cabo tanto la nacionalización como la estatización de las grandes empresas?

—Nuestro programa —se nos contesta— señala que las transformaciones que el país necesita sólo podrán realizarse si el pueblo chileno toma en sus manos el poder y lo ejerce real y efectivamente. Este proceso se llevará a cabo en forma legal y por medio de una nueva Constitución política que institucionalizará la incorporación masiva del pueblo al poder estatal. En cuanto a la economía, factor vital, iniciaremos una política destinada a constituir un área estatal dominante formada por las empresas que actualmente posee el Estado, más las empresas que se expropian. Todas estas expropiaciones se harán siempre con plena garantía del interés del pequeño accionista. Habrá también un área de propiedad privada que comprende aquellos sectores de la industria, la minería, la agricultura y los servicios en que permanece vigente la propiedad privada de los medios de producción. Finalmente, un sector mixto de la economía compuesto por empresas en que se combinen los capitales del Estado y de los particulares. El Gobierno popular garantizará el ejercicio de los derechos democráticos y respetará las garantías individuales y sociales de todo el pueblo. Ahora bien, la garantía del cumplimiento de estos objetivos reside en el control por parte de un pueblo organizado respecto del poder político y económico. Es este poder popular el que asegurará el cumplimiento de las tareas señaladas.

Este es, en los aspectos abordados, el pensamiento político de Salvador Allende, miembro del Senado desde 1945 y ahora futuro Jefe de Estado de la más austral nación sudamericana. Marxista confeso, el líder socialista es, sin embargo, antiguo miembro de la masonería local, y, al mismo tiempo, hasta sus más encarnizados enemigos le reconocen una absoluta identidad entre sus principios teóricos y su praxis. Todo indica que las singularidades marcadas por la victoria del líder socialista perdurarán en Chile durante mucho tiempo. Porque el doctor Allende y los partidos que le apoyan poseen decisión para cumplir sus promesas, pero... los derrotados no se resignan. ■ HERNAN URIBE.